

**PEQUEÑA
CRÓNICA DE
SANTA CRUZ**

 Por Juan Antonio
Padrón Albornoz

DIVAGACIONES VERANIEGAS



En los días más ardientes de la pasada semana, cuando momentáneamente se secaron las fuentes del alisio, un buen y viejo amigo se paseaba por las calles de Santa Cruz con un libro bajo el brazo.

Y el lector, de buena fe, me decía:

—Todo el mundo encuentra este libro, "En la noche y entre los hielos", de Nansen, interesante, dramático y conmovedor en grado sumo. A mí, valgan verdades, me parece, sobre y ante todo, refrigerante en alto grado.

Y tenía razón. Toda la razón.

Cuando uno lee bajo el agobio del calor, puede emocionarse hasta el punto de derramar lágrimas o, en otro caso, prorrumpir en estentóreas exclamaciones de alegría.

Pero lo que sí no puede olvidar es que está sudando.

Y a mares.

Si la obra resulta que está bien escrita y describe inmensidades heladas, forzosamente ha de producirle una sugestión consoladora que, sin duda alguna, llega hasta convertirse en sensación física.

Por eso mismo, para deleitarse con la narración de aventuras de naufragos abandonados a todas las inclemencias del mar, el mejor sitio es un cómodo sillón, con cigarros, refrescos y licores muy al alcance de la mano.

Y es que, sin duda alguna, así se comprenden mejor los padecimientos de aquellos infelices de las novelas de Emilio Salgari.

Y viene esto a cuento porque algunas personas, demasiado impresionables, se quejan de la aparición en las planas de periódicos y revistas de fotos de bañistas en bikini.

Y la exageración es evidente.

Si tales fotos apareciesen en los números o ediciones correspondientes a los meses de diciembre o enero—cuando, aquí, el Teide se cubre con su capa de nieve—aún se podría atribuir alguna levisima, pero muy levisima intención en ello.

Pero en el rigor de nuestro verano, sólo pueden producir tales fotos una sensación de frescura.

No diremos que el desnudo es siempre bello. Y es que no vamos a convencer a los moralistas a cal y canto. Pero sí debemos persuadirles de que el desnudo frigorífico—valga la expresión—nunca puede ser pecaminoso.

Nada más inocente, y al mismo tiempo agradable para los pobres que resoplamos en los hornos de la tierra, que contemplar esos grupos de alegres criaturas en maillot tendidas en la playa, o entre las rocas, en gracioso y triunfador contraste.

Nos envían la brisa del mar, sin mezcla de perfumes turbadores.

Se nos aparecen sencillas e ingenuas. Hasta su sonrisa, tan clara y tan fresca, parece una sonrisa lavada con espuma de ola.

Todo esto es verano.

Bagaje de la anual estación que, antaño, se caracterizaba por baños nocturnos en la Playa de Ruiz, completa y rigurosa separación y, además, severas medidas de vigilancia municipal.

Hoy todo ha cambiado. Y era lógico.

Con espuma de ola y frescor del abanico rompiendo sobre la arena se aplacó la severidad de los años ya idos para siempre. Aunque, como antes ya apuntamos, aún existen quienes se escandalizan ante lo que bien podríamos definir como desnudo frigorífico.

Y, que conste y quede bien sentado, lo que sí conviene prohibir en verano es esa otra clase de fotos—banquetes, homenajes y apoteosis—que nos traen a la mente una impresión desagradable, de agitación, aglomeración, acaloramiento y falta de aire puro.

Estas sí que son fotos que bien podrían reservarse para el invierno, meses del canto débil del agua sin fin y del sorprendente y fanfarrón trueno. Y no para estos meses en que el calor aprieta—aun apretará más y más—y en los que, como mi amigo, todos deseamos tener un témpano en la mente.

Y volviendo a nuestro anterior tema, el tener que vestirse de etiqueta para ir a cenar parece más bien una idea digna de un traficante de paños.

El traje de etiqueta es feo, monótono y triste. Y, no cabe la menor duda, ponérselo ya significa un gran sacrificio. El mismo que para nuestros antepasados—mejor, nuestras antepasadas—significó la preparación para asistir al baño playero, nocturno y veraniego, en el litoral y, concretamente, en la Playa de Ruiz.

Según nos cuenta Paco Martínez, que era niño a la se...

de la arena se aprieta la severidad de los años yaidos para siempre. Aunque, como antes ya apuntamos, aún existen quienes se escandalizan ante lo que bien podríamos definir como desnudo frigorífico.

Y, que conste y quede bien sentado, lo que sí conviene prohibir en verano es esa otra clase de fotos—banquetes, homenajes y apoteosis—que nos traen a la mente una impresión desagradable, de agitación, aglomeración, acoloramiento y falta de aire puro.

Estas sí que son fotos que bien podrían reservarse para el invierno, meses del canto débil del agua sin fin y del sorprendente y fanfarrón trueno. Y no para estos meses en que el calor aprieta—aun apretará más y más—y en los que, como mi amigo, todos deseamos tener un témpano en la mente.

Y volviendo a nuestro anterior tema, el tener que vestirse de etiqueta para ir a cenar parece más bien una idea digna de un traficante de paños.

El traje de etiqueta es feo, monótono y triste. Y, no cabe la menor duda, ponérselo ya significa un gran sacrificio. El mismo que para nuestros antepasados—mejor, nuestras antepasadas—significó la preparación para asistir al baño playero, nocturno y veraniego, en el litoral y, concretamente, en la Playa de Ruiz.

Según nos cuenta Paco Martínez—que era niño a la sazón, aunque nadie lo crea al ver su actual juventud—, tales baños tenían que ser nones, nunca pares, ya que, entonces, había que empezarlos de nuevo, pues se corría el peligro de que hiciese la aparición el “sarpullo”.

En tales baños, las mujeres se enfundaban en unos trajes de telas durísimas y, al parecer, casi impermeables. Y, de esta guisa, avanzaban cautelosamente hasta la orilla. Ya en ella, esperaban a que las olas les humedecieran los pies y, entonces, iniciaban un retroceso al tiempo que exhalaban ayes lastimeros.

Algunas, sólo las pocas que tenían un espíritu más esforzado, llegaban hasta sentarse un instante sobre alguna pequeña roca. Y allí se estaban con el agua hasta la mitad de la pantorrilla, desafiando las iras del Atlántico que, por cierto, hasta aquel punto llegaba muy dulcificado y domesticado por el muelle Sur.

O sea que, por aquella época, el baño veraniego quedaba reducido a un simple remojo nocturno de las extremidades inferiores. Pero de nadar, eso ni soñarlo. Y la verdad era que tal resultaba imposible con tanto adimento de tejido que, según alguien de la época, era como ponerse de gran uniforme para meterse en los reinos de Neptuno a rendirle pleitesía.

Los tiempos han cambiado, afortunadamente, y así, poco a poco, se han logrado equipos femeninos de natación que, por entonces, su existencia quedaba en las más espesas nieblas de la utopía.

Llega el verano. El calor aprieta. Necesitamos cambiar de ropa y, al mismo tiempo, de modo de pensar. Y es que, indudablemente, la moral calderoniana es magnífica, tan magnífica como un abrigo de pieles.

Pero ni la una ni el otro sirven para el verano. Y es por ello que, como decía al principio, a estas personas impresionables hay que decirles que el quitarse ropas no es por falta de escrúpulos sino, más bien, por exceso de calor.